

Antropología económica del igualitarismo

Áxel Capriles M.

El mito de creación de los mbayá-guaycurú del Brasil, de quienes los caduveos son sus últimos herederos, muestra con nitidez la naturaleza arquetipal de la jerarquía, la recurrencia contumaz de las imágenes de desigualdad, el rango y las diferencias inevitables entre los seres humanos. Cuando Gonenhodí, el dios supremo de esa etnia brasileña, creó la humanidad, sacó del interior de la tierra a los guaná y les entregó como patrimonio la agricultura. Después extrajo las otras tribus, las cuales recibieron como don la caza. Justo antes de concluir el gran acto de la creación, otra deidad indígena, conocida como el Engañador, se apercató de que en el fondo de la grieta habían quedado olvidados los mbayá-guaycurú, quienes lograron salir de últimos a la superficie. Como todas las competencias y actividades importantes ya habían sido repartidas y casi nada quedaba para los mbayá-guaycurú en el mundo, los dioses les asignaron las únicas funciones todavía disponibles, es decir, el mando, la opresión y la explotación de los demás. En esta cultura indígena de castas, los nobles enseñaban su jerarquía en la escala social por medio de bellas túnicas de cuero y tatuajes corporales que los diferenciaban de la plebe. Su altivez era tal que aún bajo el dominio portugués, la unión de una mujer blanca con un guerrero era equivalente a mancillar la sangre y las damas nobles se negaban a visitar a la esposa del virrey por considerarla indigna de su trato, al cual sólo podía aspirar la reina de Portugal¹.

Los mitos y muchas otras manifestaciones culturales expresan las imágenes primordiales de la naturaleza humana, las disposiciones pre-figurativas y potencialidades funcionales del ser del hombre enraizadas en el más profundo nivel de la vida inconsciente y con las que el ser humano responde al ambiente. La jerarquía y la distancia son determinantes de forma de cualquier tipo de organización social. La altivez de los mbayá o el sistema de castas de la India son ejemplos extremos de la necesidad de diferenciación social, pero principios similares han existido a lo largo de toda la historia de la humanidad. El problema de los límites y de la identidad de los grupos

1. Lévi-Strauss, Claude. *Tristes Trópicos*. Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Barcelona, 1988.

e individuos enfrentados a la multiplicación y aglomeración de seres humanos en el espacio físico es un dilema universal que toda sociedad busca resolver de alguna manera. Como señala Levi-Strauss,

La India se empeñó en resolver el problema del número hace unos 3000 años, buscando un medio de transformar la cantidad en calidad por medio del sistema de castas, o sea, diferenciar los grupos humanos para permitirles vivir unos junto a otros (...) La regla vegetariana está inspirada en la misma preocupación que el régimen de las castas, o sea, impedir que los grupos sociales y las especies animales invadan entre sí las jurisdicciones que les son propias, reservar a cada uno de ellos la libertad que le pertenece gracias a la renuncia, por parte de los otros, a ejercer una libertad antagónica. Para el hombre es trágico que esta gran experiencia de las castas haya fracasado, quiero decir, que en el curso de la historia de las castas no hayan conseguido alcanzar un estado en el que fueran iguales por el hecho de ser diferentes—iguales en el sentido de que hubieran sido inconmensurables— y que se haya introducido entre ellas esa dosis perversa de homogeneidad que permitía la comparación y, por lo tanto, la creación de una jerarquía².

El hombre occidental moderno buscó otra solución al dilema arquetipal de la igualdad-desigualdad haciendo de la economía monetaria un instrumento para manejar el problema. Un sistema parecido al de las castas rigió las relaciones entre los señores feudales y sus siervos en la Europa medioeval. El impacto fulminante de la economía monetaria sobre el modo de organización feudal fue el determinante principal de las grandes transformaciones sociales de la modernidad. El uso difundido del dinero y el modo de producción capitalista trastocaron los esquemas de diferenciación social hasta ese entonces imperantes.

Un proceso similar al acaecido en la Europa occidental en la edad moderna había ocurrido en la Grecia antigua con la introducción y la difusión del uso de la moneda acuñada. La imagen del noble y el caballero en la Grecia Micénica estaba asociada al lustre de nacimiento, a la posesión de bienes raíces y al valor heroico en el combate. Aunque la propiedad y la riqueza tenían un papel principal en el *ethos* social de la aristocracia terrateniente, ellas no estaban vinculadas al dinero o al intercambio comercial, cuyo auge y predominio posterior habría de producir grandes cambios y conflictos en la Grecia Arcaica. Confundir a un héroe con un comerciante era sinónimo de insulto. El saqueo, por el contrario, se consideraba una forma perfectamente legítima de adquirir riquezas y hasta un motivo de orgullo. En la economía palatina de la Grecia Micénica, el comercio privado fue un asunto marginal. No hay registros de pagos en metales preciosos por mercancías. Existía, indudablemente, producción y comercio de todo tipo de objetos, bienes suntuarios, joyas, orfebrería y lingotes de metal, ya que ellos expresaban riqueza, símbolo indiscutible de poder y prestigio personal, pero se trataba de un sistema de intercambios

2. Levi-Strauss, Claude. Op. Cit. Pág. 153.

en el cual se daban y se recibían dávidas y regalos en señal de alianzas o establecimiento de nuevos vínculos familiares, y donde se conquistaba tesoros por las armas lanzando expediciones guerreras para apropiarse del botín de ciudades ricas que eran destruidas y arrasadas sin culpa ni pesar.

El ideal de *areté*³ fue el valor cardinal de la cultura griega. Es un concepto difícil de precisar en castellano, referido a la virtud, el señorío, el honor, la nobleza, la calidad y el heroísmo. La noción de *areté* de la antigua aristocracia griega comprendía tanto la estimación social como la posesión de bienes. Las familias nobles fundamentaban su primacía en la propiedad rural. La desigualdad de riquezas se entendía como un hecho natural y aceptado por los dioses como condición del orden universal. Para los campesinos y el hombre común era tan obvio que la riqueza llevaba implícita estimación social y virtud, que la infranqueable distancia que separaba el pueblo de la nobleza gozaba de una legitimidad incuestionable. Tanto en la aristocracia guerrera de los aurigas como en el régimen del basileus, la alcurnia dependía de la posesión de las mejores tierra y rebaños, de la fastuosidad y de la abundancia de siervos. Pero si la posesión de bienes era uno de los presupuestos centrales de la cultura aristocrática griega, la fortuna inmobiliaria estaba inserta en una ética totalmente distinta de la del dinero, era parte integral de un modelo ideal de ordenamiento social.

A partir del siglo VIII la orientación de la economía griega hacia el comercio marítimo intensificó los contactos con el Asia Menor y acrecentó la circulación de metales preciosos que en el siglo VIII empezaron a ser acuñados en moneda. Los movimientos migratorios resultantes, el desarrollo del comercio y la difusión del dinero, pusieron fin a la prosperidad de la antigua nobleza, desplazada por una nueva clase social cuya riqueza estaba fundamentada en el dinero. Ni las más arraigadas tradiciones pudieron disimular el poder seductor de la opulencia, el refinamiento y el lujo de las ciudades del Asia Menor sobre la cultura griega. Era el ideal de *habrosyne* del mundo oriental que, acompañando el intercambio comercial, había penetrado con todo su fausto en la Grecia continental. Aún la aristocracia espartana del siglo VII, cuya mentalidad militar repudiaría posteriormente el comercio con el extranjero y el uso de monedas y metales preciosos, aparecía también obnubilada por la vorágine de las actividades lucrativas. El escenario social se vio sacudido por la aparición de nuevos tipos humanos: terratenientes obsesionados por expandir su empresa que podían llegar hasta el extremo de apropiarse de los bienes de sus deudores; hombres bien nacidos de la misma nobleza, el *kalós kagathós*, que por ambición o codicia se dedicaban al tráfico comercial. Esta nueva realidad socio-económica,

3. Jaeger, Werner. *Pateta: los ideales de la cultura griega*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1983.

donde ricos plebeyos podían gozar de estimación social y lograban acceso al poder, puso en crisis el viejo concepto de *areté*. La honorabilidad social de una riqueza condicionada al dinero fue una estocada profunda en los órganos vitales del *ethos* aristocrático. El poder adquirido por los pujantes y acaudalados comerciantes y las posiciones alcanzadas por los nuevos ricos eran, a pesar de su vulgaridad, la más clara evidencia de que los viejos conceptos de la aristocracia se habían hecho inoperantes como fórmulas de demarcación social. El dinero se había convertido en un factor de movilidad y un propulsor de la igualdad social. Sucedieron grandes cambios en la distribución del poder y la vieja realeza fue sustituida por una nueva oligarquía gobernante. Los mercados abiertos por la expansión colonial, el creciente comercio y la acuñación de moneda, facilitaron el surgimiento de una nueva clase social compuesta por artesanos, profesionales y comerciantes, cuya influencia tuvo un impacto explosivo. La turbulencia social y política en los tiempos de Solón y Teognis es la más evidente expresión de la transformación de las imágenes y conceptos sobre la distinción social.

Al igual que en la Grecia arcaica, en la Europa moderna el dinero también convulsiónó el sistema de organización feudal, al convertirse en el instrumento de igualdad y nivelación social de una nueva clase de profesionales y comerciantes burgueses que, sin feudos ni vínculos de sangre con la nobleza, se sintió con el legítimo derecho a aspirar a las mismas prerrogativas de la clase dominante. La expansión y el dominio de la economía monetaria sobre la economía natural rompió el equilibrio del sistema aristocrático y alteró el valor de las propiedades inmobiliarias que conformaban las bases del orden político. Causaron una revolución en las formas de jerarquización social. El dinero fue también un factor de libertad. La nueva modalidad de hacer fortuna a través de las actividades comerciales e industriales no sólo permitió el acceso a las posiciones reservadas hasta ese momento a las familias de antigua estirpe, sino que el apego a las formas de la economía natural ya caduca relegó la nobleza a un segundo plano. Obviando las diferencias, la aventura americana tuvo para el español similar significado. En una sociedad de semi-castas, obsesionada y petrificada por el ideal de una mítica hidalguía, el oro, los metales preciosos y la desbordante riqueza que ofrecía el comercio con el Nuevo Mundo hicieron posible que un *marrano* pudiera pasar por encima de su impureza de sangre o que un *segundón* sin pedigrí pudiera aspirar a la Orden de Calatrava al igual que el primogénito noble de comprobada hidalguía.

Antes del desarrollo de la economía monetaria, el individuo dependía mucho más intensamente de su grupo de referencia y de la condición social con la cual había nacido. Vivía inserto en una red de relaciones grupales. Podríamos decir que el individuo era un siervo de la herencia y la historia de su familia. El dinero, por el contrario, como elemento totalmente in-

diferente a las cualidades de la persona que lo posee, formuló un nuevo escenario donde la distancia social en base a diferenciaciones familiares o tradicionales perdieron todo sentido. A diferencia del modo de producción feudal, las estructuras monetarias hicieron posible la libertad del hombre moderno al permitir la movilidad del capital y la separación entre la posesión de los bienes materiales y el individuo. La posibilidad de alquilar la tierra y recibir a cambio un bien portable (la moneda o la letra de cambio), al romper la vinculación personal y directa con su propiedad, el dinero y los valores fiduciarios permitieron el distanciamiento espacial entre la persona y sus posesiones materiales, realizando su capacidad de movimiento a todo lo largo y ancho de los espacios de diferenciación humana.

El tema de la igualdad y la distancia social conforma el núcleo de un complejo de representaciones e imágenes con una fuerte tonalidad afectiva y mucho peso en la psicología colectiva del hombre americano. El descubrimiento de América nace bajo un aura escatológica repleta de fantasías edénicas. Los puritanos que llegaron a Norte América entendían el Nuevo Mundo como una ruptura con el pasado europeo que hacía posible el restablecimiento del paraíso original y la vuelta al cristianismo primitivo. La sencillez y la igualdad eran los signos distintivos de aquellos pioneros y actores de un drama universal de regeneración moral que acabaría con todos los indicios de la corrupción espiritual de la vieja Europa: la cultura de la aristocracia inglesa con la elegancia y sofisticación de sus maneras, las diferencias y las jerarquías sociales o los falsos principios de superioridad y autoridad. La radical secularización de las fantasías milenaristas de los colonos hizo del progreso material un signo de la perfección interior y de la transformación paradisiaca de la humanidad para la segunda venida de Cristo y el milenio. Con otro ritmo y diferente tonalidad, la América Central sintió en México el eco de la utopía social. En el siglo XVI Vasco de Quiroga materializó en Michoacán el sueño de un orden social armonioso caracterizado por la igualdad y el fervor cristiano. Durante siglo y medio en la América del Sur, de 1606 a 1767, el reino de la utopía tuvo su escenario en las misiones jesuíticas del Paraguay. Pero no siempre la utopía se expresa de igual manera o el anhelo y la búsqueda de la igualdad toma el mismo sendero.

Cuando en Francia el conde José Arturo de Gobineau publicó el cuarto volumen de su polémico *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, en Venezuela se leía en la atmósfera y el colorido del aire los presagios de la inminente explosión de una guerra civil y uno de los conflictos sociales más significativos de la vida nacional: la Guerra Federal. Esta conflagración tuvo como eje el enfrentamiento de la clase dominante con un grueso sector de la población que deseaba eliminar las fuerzas que se oponían a la igualdad social e impedían el acceso del pueblo raso al aparato del Estado

y el poder. Con el mismo fanatismo del sociólogo francés fundador de la teoría racial, pero con convicciones contrarias y diametralmente opuestas, los federales no sólo reprobaban las ideas de Gobineau sobre el desarrollo de la cultura y el progreso de la civilización como corolario del contacto y predominio de las razas blancas, si no que, mostrando la supremacía de la acción sobre la teoría, hordas enardecidas al mando de hombres como Martín Espinoza y Tiburcio El Adivino arrasaban poblados enteros bajo el eco de las violaciones y el grito emblemático de "mueran los blancos y todos los que sepan leer y escribir".

La peculiaridad de la saga federal es que, a diferencia de las revoluciones burguesas, el proceso de nivelación e igualación social, en lugar de ascendente, fue descendente en términos de educación y cultura. Además, el estado de desigualdad social que se intentó abolir no era el producto de un proceso de demarcación de la distancia social o de una jerarquía en base a la tradición y la cultura. La misma clase dominante que los federales deseaban desplazar había surgido pocos años antes, a través de transformaciones similares ocurridas como consecuencia de la Guerra de Independencia. El sudor de Martín Espinoza desprendía el mismo olor que el de José Tomás Boves, al igual que un argumento análogo respalda la junta de estadistas caraqueños, como Guzmán y Bolívar, con caudillos populares, como Zamora y Páez. El dominio de los godos no puede asimilarse al de una élite* en el sentido estricto de la palabra. El grueso de los hombres que ocuparon las posiciones de poder tras la escisión de la Gran Colombia en 1830 y cuyas actuaciones modelaron el nacimiento de la República e impulsaron los primeros pasos del país como nación, no era representativo de la élite de mantuanos y familias criollas tradicionales que apenas 20 años antes conformaban el reducido círculo de la clase dominante que inició el movimiento independentista. Como demuestra el historiador Carlos Capriles en su obra *Génesis de la República*⁴, de todos los firmantes del Acta de Independencia del 19 de Abril, solamente dos, Miguel Peña y el Obispo Méndez, tienen alguna injerencia en los asuntos públicos del país. Para 1830 la vieja élite mantuana había prácticamente desaparecido. No tenía porqué ser la excepción al efecto devastador de una guerra que acabó con el 80% del ganado vacuno, redujo en 90% la superficie cultivada del país, y no sólo paralizó el crecimiento vegetativo de la población sino que la disminuyó en más del 25%. Así, también los godos eran personeros de una nueva clase emergente, producto de una sociedad caracterizada por su raigambre policlasista y su aprecio de la movilidad social.

4. Capriles, Carlos. *Génesis de la República. 1831-1840*. Consorcio de Ediciones Capriles, Caracas, 1995.

* El *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia (Madrid 1992), en su vigésima primera edición sólo reconoce el término *elite* (sin tilde), pero entendemos que ya es aceptable *élite* como aquí aparece (N del c.).

En la atmósfera de inestabilidad política y turbulencia social que perduró en el país hasta entrado el siglo XX, el papel del dinero como nivelador e igualador fue de poca importancia. El estrechamiento de la distancia social, el desplazamiento hacia posiciones de mayor *status* y jerarquía, se lograba principalmente a través del asalto al poder político. Sin duda la riqueza nunca dejó de ser un símbolo de *status* y su acumulación un potente factor motivacional, pero ella se entendía como un subproducto del poder político. En un país azotado por la pobreza generalizada, con un sistema económico cuya base productiva había sido destruida por las guerras y con una economía monetaria rudimentaria e incipiente, muy pocos podían hacer del dinero y los valores fiduciarios herramientas efectivas para la satisfacción de sus necesidades de movilidad social ascendente. Todavía hoy en día las clases sociales dependen del vaivén político. Cada gobierno en el poder crea su propia burguesía, sus propias urbanizaciones y apellidos. Sin embargo, a partir de la pacificación política del país a principios de siglo y del surgimiento de la riqueza petrolera, el ideal de la igualdad social encontró en el dinero un poderoso instrumento de nivelación e igualación, estableciéndose entre los dos un estrecho vínculo de identidad que amalgamados como complejo inconsciente exacerbó su potencia para desplegar efectos perversos.

El ideal igualitario produjo indudables beneficios para la colectividad venezolana. Condujo al desarrollo de una sociedad tolerante, sin mayores problemas raciales, libre del acoso de los apellidos y de la rigidez del abolengo vacío. Esa refrescante vocación igualitaria ha permitido el consenso democrático y la flexible reunión de los más distanciados exponentes de la realidad nacional. Venezuela abraza un sentimiento de comunidad sin distinciones exageradas. Es cierto que esas aspiraciones están, en muchos aspectos, más cerca del mito que de realidad y que la distancia racial se hace sentir en diversos lugares, pero a diferencia de la voluntad de otras culturas de convertir las diferencias en una realidad ontológica, nuestra sociedad surge de una idea de república de igualdad sanguínea y natural, donde la desigualdad más que un designio substancial es el producto de la convención deformante que debe ser transformada. La apertura de las clases sociales, la fácil aceptación de sus nuevos miembros y la amplia gama de posibilidades para la movilidad social, han creado un clima de sabrosa libertad que, aunque algo anárquica, sirve para compensar otros aspectos menos gratos del vivir nacional.

En el habla cotidiana del venezolano domina una retórica fraternal. El tuteo generalizado, el ubicuo *mi amor* de las secretarías o el *mira chamo*, *brodersito* y *panita* del motorizado, son los símbolos naturales del sentimiento igualitario nacional, de la deseada horizontalidad hecha cotidiana realidad. Pero como toda actitud llevada al extremo, la exacerbación del

orgullo igualitario ha conducido al predominio de la rebeldía anárquica del individuo a ultranza que no acepta nada ni nadie por encima de él. Es la insolencia y la altanería del *alzado*, cuya figura esboza el paradigma de un tipo de venezolanidad cuyo análisis nos permitiría la comprensión de muchos aspectos oscuros de la problemática nacional. Una de las leyes psicológicas más elementales postula que toda actitud polarizada unilateralmente en la consciencia consteliza una actitud opuesta y de igual potencia en el inconsciente. Como las diferencias de *status*, la competencia y la jerarquía definen una realidad arquetipal de la naturaleza humana que es imposible negar completamente, su total desprecio y negación en la consciencia colectiva la ha relegado a una existencia inconsciente desde donde actúa con toda la fuerza de su dinamismo irracional. Todo conocimiento implica diferencias, pero en una imaginación colectiva donde las jerarquías son fruto de la imposición, del poder o, en el mejor de los casos, de la suerte, nunca producto de la preparación o de la recompensa al esfuerzo, necesitamos destruir las diferencias y demostrar continuamente nuestra igualdad ante cualquiera. La educación cívica y las normas de comportamiento convencional de muchos países establecen una serie de reglas y distinciones para dirigirse a los desconocidos y a las personas de diferente condición o jerarquía. Se considera irrespeto romper la distancia demarcada por dichas reglas. En Venezuela, por el contrario, el lenguaje ordinario, el comportamiento y las fórmulas de trato entre las personas, buscan saltar las distancias de las posiciones porque ellas se interpretan como sometimiento e injusticia.

Como angustiante paradoja, y a pesar de nuestra supuesta pulsión de horizontalidad y acercamiento igualitario, en Venezuela nunca ha existido una verdadera justicia. El discurso igualitario es más una forma retórica que un hecho real. En los países europeos donde el problema de la diferencia y la igualdad social no ha sido tan polarizado y donde todavía perduran los modales formales de respeto a los niveles jerárquicos en la sociedad, un chofer no se siente humillado por abrirle la puerta al patrón y hasta se ufana con orgullo de ello por considerarlo un componente inseparable de la perfecta ejecución de las tareas vinculadas con su oficio. En lugar de sentir el hecho como vergonzoso, el mismo resalta la importancia de su trabajo en la sociedad. El reverencial respeto de un estudiante suizo frente a un *Herr Doctor Profesor* no es considerado un acto de denigrante sumisión. Es simplemente el uso natural y conveniente de situar a cada quien en el lugar que le corresponde en esa particular situación. Y a pesar de que bajo la óptica venezolana todo ese convencionalismo social parece estar lo más alejado posible del ideal de igualdad democrática, el ciudadano suizo común tiene acceso a todas las autoridades jerárquicas de su país y es tratado con mucha más dignidad y respeto que el ciudadano venezolano. En la

práctica, la democracia suiza le otorga muchos más derechos y libertades a sus conciudadanos. En Venezuela, a pesar de la retórica igualitaria, continuamente nos vemos sometidos al trato autoritario y despótico del personero del más insignificante cargo de cualquier organización pública o privada. Para demostrar su igualdad, el encargado, en lugar de amabilidad, respeto y servicio, despliega el poder que el puesto pone a su alcance. Todo venezolano común ha experimentado lo difícil que es llegar por los canales regulares a cualquier funcionario en un cargo importante, las barreras de las secretarías, las prolongadas esperas para ser atendido, el desprecio implícito en la falta de respuesta a las llamadas telefónicas. Estas apreciaciones coinciden con los resultados de las investigaciones de David McClelland, David Berlew y María Eugenia de Curiel sobre el perfil motivacional del venezolano. "Todo el material venezolano revisado señaló que el interés por el poder predomina; que el interés por la afiliación se sitúa en segundo lugar, con una frecuencia relativamente baja (...) Al realizar una confrontación entre nación y nación, se observó además que entre los 45 países examinados, sólo tres acusaron un nivel más alto que Venezuela en temas de poder..."⁵. En franco contraste con los resultados que esperaríamos de nuestra supuesta vocación igualitaria, la motivación al poder se caracteriza por el afán de dominar y estar por encima de los otros, por el deseo de figuración y autoridad y por la falta de consideración por los demás.

Estamos frente a dos procesos paralelos. Si en algunos aspectos de nuestra vida nacional ha dominado el bloqueo autoritario, en otros hemos participado ampliamente de la fantasía del ascenso continuo, de la visión del Nuevo Mundo como un continente de posibilidades. La sociedad venezolana se ha caracterizado por la facilidad y la rapidez con que de la noche a la mañana alguien puede pasar de la pobreza a la abundancia o integrarse a la dirigencia política y a la oligarquía económica. Un buen ejemplo son las puertas abiertas al otrora exclusivo mundo bancario. El cine y la literatura nos han dejado una depurada imagen del banquero inglés. Un caballero muy serio y adusto, vestido siempre con un clásico traje de color oscuro, miembro de una cerrada familia cuya tradición se prolonga a lo largo de numerosas generaciones, formado en los pináculos académicos de Oxford y Cambridge. Conservador, convencional y recatado, el clásico banquero inglés resalta por el silencio y la prudencia en sus prácticas comerciales. Bajo el peso de semejante estereotipo, es prácticamente imposible que un inmigrante venezolano pudiera entrar, tras rápido ascenso, en el estrecho

5. McClelland, David C. "Informe sobre el perfil motivacional observado en Venezuela. Años: 1930 - 1950 - 1970". Mimeo grafado por el Departamento de Estudios, Evaluación y Adiestramiento de la Fundación Venezolana para el Desarrollo de Actividades Socioeconómicas FUNDASE. Págs. 31 y 34.

círculo de los banqueros ingleses. Algunos árabes lo han logrado, pero con el respaldo de mega fortunas ya consolidadas en sus países de origen. Lo que sorprende a los banqueros internacionales es la facilidad con que en Venezuela nuevos ricos e inmigrantes con fortunas de origen muy reciente adquieren instituciones financieras, o lo que es peor, como muchos han logrado entrar sin un respaldo real utilizando los bancos como centrifugadoras de fortunas ficticias. Estas situaciones nos dan la respuesta al porqué de los efectos perversos de la unión entre la vocación igualitaria y el factor nivelador del dinero. El libre acceso a la riqueza como muestra de la fraternal igualdad del venezolano respira un clima de conflicto. El éxito económico no es visto con admiración ni puede serlo porque la admiración implica la distinción de una competencia. Utilizando palabras de Manuel Caballero, "el igualitarismo del venezolano se expresa aquí en su forma más negativa y la actitud que tiene hacia él es la que suele tener hacia el primero de la clase: una admiración fastidiada y entremezclada de envidia"⁶.

Desde una perspectiva, la alta movilidad social en nuestra sociedad polí-clasista es sumamente positiva. No abundan códigos fijos que nieguen el acceso de los hombres a posiciones reservadas. Casi todo el que quiera y posea un espíritu emprendedor tiene más o menos la posibilidad de llegar a los niveles más altos de sus aspiraciones. Desde otro ángulo, sin embargo, en una sociedad igualitaria sin criterios firmes de diferenciación y demarcación social, el dinero se convierte en el único criterio de valor personal. No es que en Venezuela no existan otros signos de valor más allá del dinero, sino que tienen una importancia mucho menor que en otros países. En una nación tan materialista como los Estados Unidos de Norte América, existe una amplia y diferenciada gama de indicadores de *status* alrededor de los cuales se definen grupos sociales amplios y coherentes. Las metas científicas e intelectuales no son buscadas solamente por pequeñas minorías, sino que aglutinan círculos sociales muy amplios cuyos miembros se orientan por un conjunto de signos que nada tienen que ver con el dinero. De igual forma, para pertenecer al círculo de la oligarquía plutocrática no basta haber amasado una inmensa fortuna. Se necesita un cierto nivel de cultura, haber cursado estudios en universidades de conocida excelencia, manejar ciertos códigos de comportamiento, hábitos y costumbres. La diferenciación de los criterios de demarcación de la distancia social son un freno a la desmesura titánica del dinero. Si para entrar en el alto mundo de la banca en Venezuela se hubiera necesitado que el dinero estuviera acompañado de un conjunto de prelación, de otros valores y expresiones de *status*, éstos hubieran podido ceñir en algo el exceso financiero y la desbordante corrupción administrativa.

6. Caballero, Manuel. "La larga marcha del presidente Caldera". *El Universal*. 24/1/96. 1-11.

Dentro del aparentemente unificado universo de la afluencia material, coexisten modos diversos de imaginar la riqueza. El dinero viejo producto de la herencia de una fortuna de larga data despliega una imaginaria totalmente diferente de la que origina el capital reciente del nuevo rico. A pesar de ser, supuestamente, un medio de intercambio abstracto despojado de cualidades, el dinero viejo tiene elementos cualitativos vinculados a su historia. Tiene historia. Se supone poseedor de un refinamiento y de una alta cultura del cual carece el dinero nuevo. Algunos economistas como Friedrich von Hayek⁷ consideran que el hecho de que la riqueza vieja sea algo dado por lo que no es necesario luchar, un beneficio inmerecido que reciben las nuevas generaciones sin haber dado pruebas de capacidad y esfuerzo, en lugar de ser un factor perjudicial para la sociedad constituye un verdadero impulso del progreso porque si en cada generación los individuos no tienen que comenzar nuevamente desde abajo el proceso para asegurar su bienestar material, la sociedad producirá una mejor élite dedicada a su formación y habrá continuidad en la transmisión de criterios de perfeccionamiento cultural. Por improductivas y ociosas que sean las oligarquías consolidadas, el dinero viejo tiene la función social de servir como una meta de despreocupación, refinamiento y cultura para la ocupada y ansiosa burguesía. La aristocracia del dinero simboliza un mundo donde es posible vivir sin la presión de la clase media de tener que estar siempre en movimiento, intentando llegar más allá. No busca la celebridad a través del impacto del logro económico en la mirada del otro.

El viejo rico no tiene que hacer nada para ser alguien. No tiene necesidad de aparentar. La distinción le pertenece por un mítico derecho de nacimiento. Como por definición es un triunfador *a priori*, no tiene la urgencia de destacarse y surgir a cualquier costo. Por ello muchos herederos de riquezas antiguas aparentan una indiferencia descuidada con respecto al retorno de sus actividades y su trabajo. Cierta desdén por la moda y desinterés por las novedades satisface los criterios de auto-respeto y clase. Ya en 1899, en su libro sobre la clase ociosa, Thorstein Veblen⁸ señaló que los muy ricos se sentían ofendidos por la ostentación y preferían el bajo perfil de las cosas sencillas y naturales. El patricio ideal evita la mención pública del dinero y sus asuntos comerciales. Una particular estética define como impropio la preocupación excesiva por las transacciones monetarias. El dinero viejo hace posible una figuración sobre lo que puede hacer el dinero para trascenderse a sí mismo. Es un modelo que sirve a burgueses y comerciantes como recordatorio de los límites de la codicia para alcanzar la distinción.

7. Hayek von, Friedrich A. *The Constitution of Liberty*. University of Chicago Press, Chicago, 1960.

8. Veblen, Thorstein. *Teoría de la clase ociosa*. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

Para el nuevo rico, la riqueza concebida básicamente como dinero representa un medio fluido de oportunidades y posibilidades infinitas. Del carácter proteico del dinero, abierto a todas las aspiraciones, surge el empresario dinámico que con sus propios medios, creatividad y esfuerzo logra superar las limitaciones impuestas por su nacimiento e historia. El dinero nuevo tiene su propio esquema de virtudes. Libertad, energía, tenacidad, empecinamiento, habilidad, coraje, rapidez mental, ambición, competitividad, son algunas de las cualidades del *self made man*. Pero una imaginación colectiva donde todo está por hacerse, y donde el logro depende del esfuerzo y la propia acción energética, desemboca inevitablemente en una *meritocracia* en la cual los indicadores de éxito están siempre expuestos a la competencia y sujetos a nuevas pruebas. El hombre de mercado vive amenazado por la posibilidad del fracaso y por la necesidad de renovar sin cesar las evidencias de su triunfo. Cuando en una sociedad predominan las reglas del mérito, sus miembros se ven forzados a una continua revisión crítica de los índices de la valía propia y ajena. Ello no tendría nada de malo y en teoría debería llevar al mejoramiento social. Pero como la medida del mérito es predominantemente económica, el dinero termina siendo lo único verdaderamente importante. No importa la forma de llegar a él. La *meritocracia* se convierte con mucha frecuencia en *celebritocracia*. Y aunque lo único que se le exige a las celebridades es que continúen siendo celebrables, el acceso inicial a la fama exige haber realizado previamente algo que nos distinga de los demás, que resalte nuestra imagen en los ojos del otro. Este requisito de la celebridad estimula sentimientos de incompetencia y fracaso en la mayoría de los aspirantes a ella. Es un problema de simple estadística. Para acallar esos temores el nuevo rico, surgido de la competitiva sociedad de mercado, acude al dinero como único marcador de valor, al derroche del consumo conspicuo y a la maníaca exhibición de sus riquezas.

La Venezuela de la democracia populista de la segunda mitad del siglo veinte ha sido reiteradamente catalogada como una nación de nuevos ricos. El rótulo no se restringe a la Gran Venezuela democrática durante el *boom* petrolero. En la Casa de los Ábila, escrita entre 1920 y 1921 en la celda 41 de la Rotonda, José Rafael Pocaterra describe la falacia de los criterios de prestigio social y los falsos valores de los nuevos ricos venezolanos. El exterior de la casa de los Ábila conservaba una sobria arquitectura churrigueresca y linajuda, un aire de tradición venezolana que hacía suponer un interior similar. "Pero el desconcierto comenzaba en el zaguán (...) todo flamante, pulquérrimo, como acabado de adquirir a fuerza de dinero y por lotes"⁹. Los Ábila eran una familia de la clase media caraqueña cuyos

9. Pocaterra, José Rafael. *La casa de los Ábila*. Obras Selectas, Ediciones Edilme, Madrid, 1956, Pág. 506.

miembros aspiraban a ascender en la escala de jerarquía del nivel social. A pesar de que el origen de la riqueza y prominencia de la familia fue la producción agrícola y la propiedad rural, un fingido cosmopolitismo los llevó a la especulación y al comercio. El menor de los hijos, despreciado por su falta de *glamour*, será el salvador de la riqueza familiar dilapidada por las aspiraciones de los demás. Para José Rafael Pocaterra la decadencia venezolana se expresaba en lo urbano y lo suntuario, en la imagen "del heredero en su vivienda enlujándola y repuliéndola para el goce loco que no tuvo el abuelo y que acaso el nieto no tendrá jamás. El presente esporádico, mediocre, estúpido, para la gozadera en un momento, en una época"¹⁰.

Dependiente de los flujos comerciales del Atlántico Norte, pero carente de las instituciones y arraigadas tradiciones de otros países latinoamericanos, Venezuela no sólo importó productos, artefactos e industrias sino todo el modelo de vida y las aspiraciones sociales de los países del hemisferio norte. Concluido el largo mandato de Juan Vicente Gómez, la sociedad venezolana sustituyó su sistema de jerarquía basado en la propiedad de la tierra y en la familia, en el asalto al poder político y el caudillismo, por una *meritocracia* burocrática basada en los ingresos y el dinero. Lo más sorprendente de esa *meritocracia* monetaria no es su dependencia de los patrones extranjeros, sino el acentuado énfasis de su impulso consumista. Bajo la impronta del ideal igualitario que venía desde muy lejos y obsesionados por el irrevocable derecho a vivir tan bien como las élites, tan pronto la riqueza petrolera tocó sus manos, los venezolanos nos volcamos al consumo de productos manufacturados importados que en nada mejoró nuestro nivel de vida, excepto sus rasgos superficiales. En la frivolidad manirrota del nuevo rico interviene también la herencia de una actitud cortoplacista producto de la inestabilidad político-social de todo el siglo XIX. Sujeta a los vaivenes de una economía dependiente basada en el monocultivo de exportación y a la inestabilidad institucional acompañada de cambios rápidos y violentos, la élite productora adoptó una actitud acomodaticia que le permitía diluir los costes de sus diseconomías y una visión de corto plazo orientada a la ganancia rápida.

El espíritu populista, derrochador y frívolo de nuestro nuevo riquismo no puede explicarse reductivamente como un simple efecto de la bonanza petrolera o el resultado de la facilidad y la falta de requisitos para tener acceso a una riqueza producida sin mayor esfuerzo. No es un rasgo producto de una coyuntura temporal del cual nos desprenderemos fácilmente por efecto de la depresión, la recesión y la escasez a que nos ha enfrentado la crisis económica de la década de los noventa. En la determinación de la

10. Pocaterra, José Rafael. Op. Cit. Pág. 818.

compleja maraña de la psicología social de un pueblo confluyen multitud de factores que actúan desde el más lejano inconsciente cultural. Es una antropología económica. La perversa amalgama entre el ideal igualitario y la movilidad social del dinero es uno de los factores que necesitamos diferenciar para lograr una vida mejor, o por lo menos para tener una vida más digna que la ofrecida por el anarquismo del "alza" y del vivo, aunque ese anarquismo nos venga atemperado por la agradable y cálida brisa del mar Caribe.